

Experiencias de confines, contactos y mestizajes

Ana Camblong¹

Resumen: Se plantea la dinámica de “experiencias” volcadas en relatos cotidianos en zonas fronterizas. La frontera exige una reflexión sobre la vigencia de límites geopolíticos consolidados por la modernidad, plasmados en lo que se denomina “experiencias de confines”. En tales experiencias de carácter paradójico, convergen constelaciones de contactos, dispersos, efímeros y aleatorios, inmersas en un continuo histórico de mestizajes afianzados y mixturas abiertas a la contingencia. Finalmente, se propone la conversación portadora de esos relatos orales como dispositivo básico para la alfabetización inicial en zonas rurales fronterizas.

Palabras clave: Experiencias, fronteras, mestizajes, alfabetización

Abstract: Abstract: We set forth the dynamics of “experiences” which happened in every day life stories in border areas. The border requires a reflection about the validity of geopolitical boundaries consolidated by modernity, molded in what is called “confines experiences”.

In such paradoxical experiences a constellation of spread, ephemeral and random contacts converge, immersed in a historical continuum of consolidated racial mixtures and mixtures open to the contingency. Finally, we propose the conversation which carries these oral stories as basis for initial literacy in rural border areas.

Key words: experiences, border, miscegenation, literacy.

1 Profesora Doctora de la Universidad Nacional de Misiones. El presente texto fue leído en la mesa redonda “Identities nacionais e contato na América Latina”, de la 1ª Jornada Hispanismo(s): Limites Incertos, que la Associação Brasileira de Hispanistas (ABH) organizó en São Paulo, el 11 de junio de 2011.

1. Vestigios modernos

El proyecto moderno ha sido un constructor titánico y compulsivo de industrias económicas, culturales, filosóficas y políticas cuyas maquinarias han regido nuestras vidas con “obstinado rigor” hasta imponer la inapelable consigna “orden y progreso”. Esta empresa ha demostrado con creces su capacidad productiva, acumulativa e imperial al tiempo que operaba con eficientes procedimientos explotadores, bélicos e invasores. Se podría afirmar que logró conseguir casi todo lo que se propuso, excepto lo concerniente al orden, columna vertebral que sostenía la arquitectura principal de la ingeniería moderna. Sus tremendos esfuerzos disciplinares estableciendo límites “claros y distintos”, reglas racionales y definiciones universales, han desembocado en una desconocida aporía que se ha dado en llamar posmodernismo. Esta nueva era atribulada por sus desquicios, conmueve los postulados básicos del orden buscado por los proyectos modernos. No obstante procuraremos auscultar en los tiempos que corren, algunas configuraciones que perfilan una continuidad resquebrajada, en plena transformación y con visos de permanencia desapareja.

En este sentido resulta atinado registrar la insistencia con que los discursos filosóficos y críticos europeos vienen anunciando que los procesos socio-históricos del siglo anterior, con sus rutinas urbanas, burocráticas, competitivas y sus devastadoras conflagraciones mundiales, nos han despojado de la posibilidad de vivir experiencias, de “experimentar experiencias” si vale la redundancia. Para ilustrar estas advertencias tomo una muestra representativa:

En la actualidad, cualquier discurso sobre la experiencia debe partir de la constatación de que ya no es algo realizable. Pues así como fue privado de su biografía, al hombre contemporáneo se le ha expropiado su experiencia: más bien la incapacidad de tener y transmitir experiencias quizás sea uno de los pocos datos ciertos de que dispone sobre sí mismo (AGAMBEN 2004: 7).

Acuso recibo de la sentencia meridional y cumplo en disentir aduciendo mi propia estancia en otro mundo posible. No entro en debate, ni apelo a otros fueros porque los alcances jurídicos y filosóficos de semejante dictamen resultan inocuos para mi jurisdicción latinoamericana en un país ubicado en el extremo sur-del-sur. He aquí que mi argumentación acude a coordenadas cardinales, investidas de valoraciones históricas consolidadas y a la inscripción de pertenencia a un lugar del mapamundi que responde a la cartografía legitimada por la modernidad. Nos hallamos entonces, comprendidos por los restos del orden moderno cuyos escombros persisten en el trazado limítrofe de los estados nacionales. Es cierto que las necesidades de consumo, de mercados financieros y de globalidad tecnológica embisten con pertinaz insistencia sobre los límites nacionales y propician la conformación de grandes bloques. De ahí

que nuestra estrategia de supervivencia encuentra en el MERCOSUR una propuesta válida, complicada pero inteligente, dificultosa pero eficaz. Sin embargo, los estados nacionales en conjuntos o separados, esgrimen sus respectivas soberanías y preservan sus símbolos, sus lenguas y sus confines territoriales como trofeos del patrimonio valioso, digno de defensa y cuidado.

Retomo el correlato entre nuestra estancia latinoamericana y la reivindicación del derecho a la experiencia, por ende al relato y a la memoria comunitaria diferente. Esto requiere al menos algunas formulaciones básicas. En primer lugar, habrá que aceptar que mi enunciación emerge en “otro mundo”, quizá en el *finis terrae*, ubicación que la desubica y la sustrae del diagnóstico etnocéntrico del “primer mundo”. En segundo lugar, resulta sensato comprender que los límites estipulados por los estados nacionales no quedan restringidos a los trazos geográficos del mapeo moderno, sino que traman sus efectos semióticos primarios en la existencia de cada habitante de este suelo parcelado, mensurado, distribuido y valorizado. Poca gente escapa a la inscripción primigenia de su nacimiento inserto y condicionado por los confines de su casa, de su barrio, de su ciudad, de su provincia o del país de pertenencia. En tercer término, encuentro que nuestras existencias latinoamericanas transitan experiencias tangibles, incorporadas a nuestras memorias y puestas en infinitos relatos. Relatos en vigencia, en usos prácticos y ajustados a una memoria en “carne viva”, como dice la frase coloquial, tanto porque remite a la vida cuanto a las trágicas heridas de nuestras historias. Digo también que dichas experiencias se exacerban, se vuelven perceptibles con mayor nitidez en los bordes fronterizos. Experimentar la frontera, nos hace saber por mera “experiencia propia” que atravesamos confines y a la vez, sabemos que los confines nos atraviesan el cuerpo, el imaginario y el ajeteo de costumbres que modelan la vida misma.

2. Experiencias del borde

Dicho esto y con la experiencia en ristre, por una parte, tomo de la tradición pragmática la pertinencia teórica y filosófica de la noción de “experiencia” para comprender nuestras idiosincrasias, y por otra, adopto una definición de experiencia que anuda sus complicados componentes semióticos inmersa en las dinámicas de la vida práctica. Sospecho que estas precisiones devienen imprecisas a fuerza de tanta abstracción, pero vayamos a un ejemplo simple para tener una idea aproximada del planteo. Un habitante de la frontera toma su documento en el que se define su nacionalidad, pasa a diario o esporádicamente por la aduana, hace el trámite, pasa el puente, la balsa o el camino si es frontera seca y se ubica “del otro lado”. Cambia el dinero, cambia de idioma, compra o vende, visita parientes o amigos, luego vuelve a su casa, repite el trámite aduanero y pone en rotación signos, lengua, moneda y paisaje.

Ahora bien, este ritual supone una liturgia de desplazamientos, poses corporales, gestualidad, discursos en danza, comidas y bebidas, olores, ritmos, tiempos, etc. Mi exiguo relato ha puesto en discurso “experiencias” que forman parte constitutiva de la vida cotidiana del habitante fronterizo. El control ejercido por la soberanía del estado nacional no es una entelequia que tendrá que aprender en los libros o en una situación excepcional, sino que lo conoce por experiencia desde la infancia y a lo largo de toda su vida. Por lo tanto, la “experiencia de los confines” nacionales se encarna en la práctica diaria y su relieve semiótico circula en la conversación más común que se pueda pedir. A propósito de su particularidad, acotemos que lo que denominamos “experiencia de los confines” en zonas fronterizas tiene la paradójica característica de instalarse con determinaciones fuertes que generan tensiones y crispaciones diversas, y en simultáneo produce un acostumbamiento que altera esas determinaciones, relaja sus efectos y mezcla las diferencias.

Para cerrar esta primera aproximación, sintetizamos lo siguiente: 1) entre los legados modernos recibidos, las fronteras nacionales guardan plena vigencia; 2) nuestro mundo latinoamericano no ha perdido la experiencia en la modernidad, ni la capacidad de narrar su memoria en la vida práctica; 3) las experiencias de los confines en zonas fronterizas de las naciones se definen por su carácter paradójico.

Tratemos ahora de concentrar la atención en el concepto “experiencia”. Como se sabe la tradición filosófica posee un archivo copioso de definiciones y diferentes interpretaciones de esta noción. Sin dar cuenta de la diversidad sobre el tema, aquí tan sólo haremos algunas consideraciones que rápidamente habiliten la comprensión de lo que intentamos compartir. Para esta comunicación bastaría con indicar que la experiencia anida su pluralidad concurrente en los hábitos, soportes del pensamiento, la vida práctica y los aprendizajes. Para ejemplificar con sencillez este criterio, acudimos a la cantera de frases hechas; cuando se dice “tiene mucha experiencia en esto”, el fraseo coloquial refiere directamente a los resultados obtenidos por la regularidad habitual de prácticas semióticas establecidas. A la inversa, cuando se exclama: “fue una experiencia única”, obtenemos la contra-cara semántica que nos ayuda a interpretar la experiencia referida a lo singular con su sentido recortado sobre el horizonte habitual. Ambas dimensiones son válidas y ponen en escena el principio de continuidad en lo habitual escandido por las discontinuidades inmersas en dicho flujo de base. Las experiencias se caracterizan por afectar y ser afectadas por las experiencias anteriores (el pasado, lo aprendido, lo acostumbrado) y en esa misma dinámica incesante, impulsa su proyección hacia el futuro, monitorea la potencia y la virtualidad de lo posible. Cabe aclarar que la experiencia remite a lo comunitario (costumbres compartidas) y a lo individual (acontecer y accionar de cada uno, de cada cuerpo, de cada historia). Lo colectivo y lo particular ensamblan sus articulaciones en continuidad constante.

Por otro lado, habría que tomar nota de las experiencias en tanto soportes de los sellos nacionales que la modernidad nos legó. Sea por acatamiento, por rebeldía, por pasiones, por legitimación o estigma, en este tercer mundo se experimenta la nacionalidad como emblema y como problema, es decir constituye una impronta semiótica profundamente significativa en las interacciones protagonizadas por los habitantes latinoamericanos. Valen estas afirmaciones para un paneo abarcador del sur del continente, pero acotamos el enfoque a los intercambios en los bordes de las fronteras internacionales. No intentamos postular una ley, ni una caracterización universal de los procesos fronterizos, sino más bien una reflexión semiótica acerca de nuestro propio hábitat que bien podrá utilizarse en otros contextos.

Así pues, denominamos “experiencias de confines” a los efectos emergentes de las prácticas semióticas cotidianas en las que se exasperan roces, prejuicios y relieves simbólicos provocados por las diferencias históricas y políticas. La memoria colectiva e individual de los bordes guarda y procesa un arsenal semiótico de chistes, de apelativos, de argumentaciones en pugna, de narrativas históricas, episódicas y legendarias producto de las fricciones propias de la frontera. En la frontera las diferencias sustentan miríadas de contactos que aparecen y desaparecen como relámpagos, contactos que pululan fugaces en las miradas, en los acentos, en los tonos, en la pronunciación, en las distancias, en las pieles y los peinados, en las ropas y en los zapatos, en las poses y en los gestos. Para que hablemos de contactos se supone que hay límites y diferencias. Las “experiencias de contactos” configuran constelaciones plurales, móviles y cambiantes, articuladas con lo que hemos denominado “experiencias de confines”. En una analogía con la música, podríamos metaforizar aduciendo que sobre la base de un bajo continuo – “experiencias de confines” – los contactos proliferan y se diseminan como la floritura de notas en fuga. Los contactos efímeros, discontinuos, evanescentes, difíciles de describir, pero no por ello menos perceptibles y sensibles a las experiencias fronterizas, conllevan pregnancias de significaciones y sentidos incorporados a la memoria en dilatados aprendizajes.

Pero seamos cautos, cuando hablamos de “experiencias de confines y contactos” retomamos la interpretación más tradicional de las modelizaciones geopolíticas de las culturas modernas nacionales, cuya impronta ideológica priorizó las diferencias en nombre del resguardo de la identidad. Por ejemplo, en el campo lingüístico, traemos a colación el deslinde taxativo de idiomas concebidos como conjuntos puros y estables. Aun en las teorías más flexibles, los contactos lingüísticos se registran en elencos de lo que se ha denominado “interferencias” de un sistema en otro. El entrecruzamiento fronterizo ha permanecido rigurosamente vigilado con miras a preservar la diferencia de las lenguas; la represión y los estigmas han marcado con singular dureza el habla

de los habitantes de frontera siempre avergonzados de sus mixturas difíciles de “corregir”. Es notable el pudor vitalicio que centellea en los discursos de estos hablantes, quienes desde su infancia han permanecido condenados por la voz escolar que les decía “no habla ni portugués ni castellano”, o bien le señalaban “habla castellano con interferencias del guaraní” y así otros tantos diagnósticos que desembocan en los proyectos de “escuelas bilingües” para que “aprendan bien una y otra lengua.”. Este designio moderno que aun perdura, está condenado al fracaso en el universo de frontera cuya memoria actualizada encarna los avatares del mestizaje.

3. Injerencias mestizas

Nuestro análisis intenta pues, por un lado, dar cuenta de la vigencia de las huellas modernas basadas en el principio de identidad para el registro de las experiencias de confines y contactos, pero por otra parte, necesitamos recavar las experiencias de extensos procesos de mestizajes. ¿Qué significa esto? Significa que las discontinuidades diseñadas por la era moderna no han logrado neutralizar, ni abolir el vigor de las mezclas de etnias, de lenguas y de prácticas semióticas de toda índole libradas al movimiento continuo de la interacción sociocultural. El proceso de fusiones y mixturas erráticas e incontrolables, constituye esa continuidad, esa semiosis infinita denominada mestizaje. Así como las zonas fronterizas intensifican las experiencias de confines y contactos, con igual o mayor intensidad evidencian las imprevisibles alquimias del mestizaje.

Si alguna experiencia logra relieve en los bordes limítrofes, esa experiencia encarna las mixturas más raras y extrañas para la mirada de los que no pertenecen al universo fronterizo. En las semiosferas (LOTMAN, 1996) de los bordes se experimenta con habitual familiaridad mezclas, ensambles, combinaciones, montajes, amalgamas, deslizamientos, encastres, armados y desarmados, transformaciones oscilantes e infinitos modos de la fusión. Una dinámica fuertemente marcada por la contingencia, por los encuentros y desencuentros aleatorios; una potencia abierta a lo plural y heterogéneo que gesta continuidades inacabadas, lanzadas al impulso de otras alternativas; un proceso irresuelto, en marcha, liberado de normas afianzadas y de los postulados más consolidados de la razón. Esto no implica caracterizar los procesos de mestizaje como irracionales, incorrectos e ilegítimos, por el contrario se trata de interpretar una lógica pragmática que ha sido excluida, estigmatizada y reprimida, precisamente a partir de concepciones racionalistas sustentadas por los principios de la lógica formal de cuño aristotélico cuyos ordenamientos binarios han dominado la cultura moderna.

Las lógicas del mestizaje perturban y desmantelan el principio de identidad, por ende sus correlatos de “no contradicción” y “tercero excluso”. Cuando hablamos de mestizaje pensamos en un continuo consistente que arremete a fuerza de acción contra distinciones y deslindes, que vulnera identidades e instala contradicciones y contrarios en perpetua vigencia simultánea. Los procesos mestizos devienen continuos paradójicos que afectan el orden racional y desatan la potencia del todo-vale. Las formas coloquiales mestizas lo nombran así: el argentino estándar dice “la mescolanza”, el lunfardo, “la menesunda” y nuestro acerbo guaranítico dice “el mboyeré”. Estas nominaciones apuntan a la mezcla sin condiciones. La toda-posibilidad abre mundo, no sólo incluye lo tercero, sino que este proceso mismo resulta un tercero impertinente, un acontecer anormal o fuera de la norma, un flujo “fuera de serie” diría el lenguaje común, porque no responde a los cánones ordenadores de la racionalidad occidental.

Estimo que la semiosis mestiza no es una excepción que confirma la ley, la regla o la norma, sino un proceso-otro inestable y cambiante que se desentiende de regímenes en uso, que altera lo establecido por arrollamiento de su desparpajo fáctico, por el ímpetu de sus impulsos transgresivos y desproporcionados. Su corriente inasible y su anarquía desafiante, “muy suelta de cuerpo” se podría opinar, convocan a la represión, al prejuicio, al estigma y por qué no, a la inexistencia. El poder ignora el flujo mestizo, no lo comprende, ni lo acepta, más bien lo desvaloriza, lo vuelve transparente y lo “desvanece en el aire”. Las instituciones desde la Academia hasta la escuela primaria, pasando por el andamiaje gubernamental no pueden dar cuenta, ni pueden hacerse cargo de los procesos mestizos en sus estados de transición y de tránsito. La mixtura en movimiento hasta tanto no devenga en norma reglada, permanece indeterminada e irresuelta. Pero también se reitera y se regulariza en configuraciones habituales que permanecen al margen de la legitimación de los sistemas.

¿Y dónde se cobija este continuo de experiencias mestizas? Pues en el transcurso de la vida práctica: en la calle, en el mercado, en comercios y oficinas, en la mesa familiar, en la conversación cotidiana, en los chismes y en los chistes, en la queja y en el relato. Estas experiencias mestizas se refugian en las entrañas del ajetreo práctico, ese acontecer “humano, demasiado humano” en el que se amasa una dimensión semiótica constitutiva. Nuestros relatos, nuestras biografías y autobiografías narran con infatigable pasión, una y otra vez nuestra historia tramada por experiencias de confines, contactos y mestizajes. Y aquí volvemos a la cita de Agamben para contrastarla con nuestras propias experiencias. Nosotros, los de aquí nomás, nos pasamos la vida relatando nuestras experiencias y narramos historias familiares, vecinales, oníricas, míticas, políticas y mediáticas. Los “cuentos” son el pan nuestro de cada día, “no me

vengan con cuentos” dice la admonición popular y nosotros la tomamos como un testimonio fehaciente de la vigencia del relato en nuestra cultura. Los relatos saben cómo incorporar nuestras experiencias del borde plagadas de apelaciones a “los del otro lado”, entrelazadas con afectos antiguos y prejuicios siempre renovados; los relatos hacen vibrar los contactos con sutiles toques de estilo y de variaciones disipadas; en fin, los relatos abrevan en fuentes mestizas que operan con lo propio y lo ajeno, lo local, lo extranjero y global, lo vecinal, nacional e internacional, en rigor nada de lo mestizo nos resulta extraño, todo mestizaje nos concierne y nos atañe.

Finalmente, si esto es así, entonces nuestras investigaciones orientadas a la búsqueda de una propuesta de alfabetización inicial para las zonas rurales y de frontera encuentran en la conversación con los niños y en la escucha atenta de los relatos espontáneos de los niños, un dispositivo semiótico vertebral para inaugurar los procesos alfabetizadores. Las experiencias que constituyen su acerbo y organizan el mundo-niño se plasman en sus temas, modos, léxico y estrategias de conversación y relato. Escuchar su narrativa implica acceder a sus experiencias cotidianas, a su memoria y a su imaginario. La “continuidad experiencial” recomendada por Dewey para cualquier aprendizaje, alcanza relieves notables en la iniciación escolar.

La oralidad infantil trae al ámbito escolar ese relato portador de experiencias familiares y vecinales que atestiguan con frescura y genuina consistencia la semiosis mestiza de los habitantes de frontera. En estos mismos testimonios afloran las experiencias de confines y constelaciones de contactos, no obstante, es en el “encuentro desencontrado” con el discurso escolar (lengua oficial y mandatos nacionales) donde emergen los chisporroteos experienciales que aquí hemos tratado. Las experiencias de confines nacionales entran en contradicción y lucha con las experiencias de mestizajes, al tiempo que los contactos multiformes y proliferantes atosigan los protocolos semióticos de la escolaridad. Aprender a leer y escribir en tales contextos supone, qué duda cabe, experiencias difíciles de transitar tanto para los niños como para los docentes. Pero aun así, nosotros no renegamos de nuestras experiencias, ni creemos haberlas perdido, “todavía cantamos” dice el poeta, y “contamos el cuento” con mucho gusto.

Referencias bibliográficas

AGAMBEN, G. *Infancia e historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2004.

DEWEY, J. *Experiencia y educación*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2004.

LOTMAN, I. *La semiosfera L. Semiótica de la cultura y del texto*. Madrid: Cátedra, 1996.